



Cuento

La mujer que le hacia el amor al espejo

Letizia Núñez Osorio¹

Letizia.nunez@curnvirtual.edu.co

Para Rosario Magdalena,
La mujer que amo infinitamente...

73

Agradecimiento

Quisiera expresar mi sincero agradecimiento por la ayuda y el asesoramiento que hallé en mi amigo y maestro Jair Buelvas, sin su estímulo, este cuento no habría sido posible.

¹ Estudiante de tercer semestre del programa derecho de la Corporación Universitaria Rafael Núñez, CURN. Integrante del Club de Lectura Bajo Palabra, 2018. E-mail: lnunezo13@curnvirtual.edu.co



No sabía con exactitud a qué siglo pertenecía, qué edad tenía, ni si quiera su nombre. Pasó en horario vespertino y por asuntos del azar. La vi llegar al lugar donde yo estaba, aunque debería reconocerles que esta mujer ya me había visto antes de que me percatara de su existencia.

Me deleitaba un perfume que se colaba por las rendijas de la puerta, levanté la mirada y pude observar a lo lejos, cómo la brisa adornaba sus rizos de oro y con intención maliciosa transportaba su aroma hasta mi nariz. Sus feromonas se metieron en mi sistema con tanta solidez que sentir su olor dentro de mí modificaba en nuestros encuentros fortuitos, mi código genético.

Me atrevería a describirle siendo esta una tarea audaz. Cada paso que daba era una fina expresión de voluntad, cuando su esencia me alcanzaba hasta la mesa en la que estaba, me limitaba a creer que esta intrépida mujer, provenía de alguna mansión del olimpo. Su figura íntegra era adornada por miozotis, cada milímetro de su piel estaba cubierto del más fino terciopelo, las hebras de su cabello eran el primer rayo de sol que opacaba de la aurora su belleza. Su nariz era aguda como sable de esgrima y enmarcando su rostro, debajo de sus bellas cejas, un par de ojos almendrados color olivo. Musa clásica de toda expresión artística, afirmarían los mortales. Yo en cambio con los ojos a media asta le juzgaba, Súcubo.

Tiene manos danzantes como si tuviesen vida propia, tan blancas manos, unidas a sus largos y esbeltos dedos. ¿De dónde saliste? Me cuestionaba lo mismo una y otra vez, mientras sometida, le observaba para no perderme ni un detalle de su existencia. A su merced llegó un



Cañac que le enviaba un presunto admirador de la mesa cuatro, y me decía que qué coraje, me cuestionaba sobre cuántos ciclos de Samsara le faltaban a un ser tan absurdamente iluminado. Su vida era un engranaje de absoluta armonía y perfección, esas características divinas que solo poseen los dioses y, además, tenía la certeza de que le adoraban en los mil infiernos. Me sentí un instante compacta en su silueta. Me convertí un segundo en millones de vibraciones con el fin de erizarle la piel, a ella y a todos en el lugar. Me convertiría en lo que ella quisiera, solo para asumir la subordinación que me precisa su temperamento, incluso, eventualmente me convertiría en su espejo, en su reflejo intangible, vacío, leve.

Después de perderme en mis cavilaciones y volver a la tierra, no la vi. Se había marchado. Acepto que me encolerizó un instante la noticia, luego retomé mis labores, aunque no dejaba de pensarle.

No es mi tipo de hembra, pero se había clavado en mí, sin motivo aparente. Al finalizar, después del ocaso, regresaba a casa como de costumbre, a la misma hora y por la misma ruta. Sentía a mis espaldas una presencia, como si alguien me siguiese a mi destino, hice una pausa en el camino, gire la cabeza hacia atrás y nadie me seguía; entonces asumí que era patológico, algo mental.

Subí un par de pisos *upstairs*, llegué a casa, tomé una pausa frente al espejo y envolví mi cabello con una lapicera, con la sencillez que me caracteriza. Por un instante me pareció ver un reflejo ajeno a mí, cuando quise ir por mis lentes y volver al espejo no encontré más que lo



que de mí quedaba del día: el rostro un poco desencajado, el pelo enmarañado, ojeras del tamaño de África y no más. Volví a adjudicárselo a las patologías, esta vez, visuales.

Habitualmente, tengo el sueño ligero, pero esa noche dormí tan profundo y tan placido, que no tuve que recurrir a actividades vergonzosas para *llegar* a los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente y aun con los ojos cerrados, percibía un olor conocido, estoy segura, era el aroma de aquella mujer sin tiempo y espacio. Desperté de un salto y no había nadie a mí alrededor solo yo, y ese perfume que se hacía cada vez más intenso e insoportable. Estaba impregnado en toda la casa, en la cama, en las paredes, hasta en el maldito bote de basura. Ya empezaba a hiperventilar, hasta que, en medio del caos, sonó mi teléfono con extraña insistencia. Contesté la llamada, y al otro lado, una voz masculina que no reconocía, pero que parecía conocerme muy bien, me habló. Sabía mi dirección, mi número privado, y otras cosillas que claramente no especificaré. Me asusté un poco y pensé que se trataba de un acosador, un chantaje, o una broma pesada de un mal amigo. En el fondo de mí, sentía que efectivamente, ese hombre que me hablaba no era un total desconocido, solo no lograba relacionarlo con algo, hasta que un poco extrañado de mí se despidió casi suplicando: *“musa de mis días, desde la mesa cuatro, no me prives de adorar en el crepúsculo tu pelo dorado”*.

Yo no era esa mujer, sus palabras no encajaban con mi descripción, entré en pánico y caí al suelo.

Al despertar miré el reloj y era tarde, me puse jeans y unas zapatillas, miré el espejo de la salida y ahí estaba ella, rodeada por un precioso esplendor que me enceguecía. Traté de



acercarme al espejo, un poco asustada del fenómeno que presenciaba, con mis manos sudadas intentaba tocar el cristal, y ella sin inmutarse, se acomodaba la falda y el busto. Sentí cómo el espejo se excitaba al tenerla dentro y como jugaban entre sí. Yo no estaba muy segura de lo que estaba sucediendo, lo único que tenía muy claro era que ella solo se percataba de mi existencia cuando le entraba en gana. La observé un instante más y ya parecía que habían terminado la actuación erótica (sí, el espejo y ella), dio dos pasos hacia atrás, se retocó el labial con el dedo anular, con sus manos danzantes alborotó su melena de oro, tomó su cartera y salió.

Salió de mi casa. Volvió a mi casa. Durmió en mi cama. Acariciaba a mis gatos. Ya lo hacía descaradamente, asumí que le importaba poco o nada mi parecer. Jamás escuché “permiso”, ni “por favor” y mucho menos “gracias”. Yo era un simple espectador de su actuación, peor que eso, no había pagado para entrar a su función; yo tenía que verla, era inevitable, tenía que presenciar el espectáculo de la parafernalia de su vida tras bambalinas. Así pasaban mis días, sin que ella admitiese una objeción o sugerencia de mi parte.

Después de enloquecer, volver a la calma, volver a enloquecer, y permanecer en lo mismo un largo ciclo, empecé a analizar mi situación, y este análisis empezaba a matizar mi realidad.

Todo el tiempo me creí única e impar. Todos estos años creí ser solo yo y mis complejos, un extra de alguna película de comedia negra, la suplente fachosa de la chica del clima, o una docena más de cosas ridículas y desagradables, menos esto. Siento que me ha arrastrado por siete estados, por siete siglos y un equinoccio. Esa mujer es una expresión maximalista, yo soy



su escala de grises. Extrañamente nos complementamos, aunque ella tiene el control la mayor parte del tiempo, me lleva a todas partes, me encierra y me deja salir cuando le apetece; soy el sonido de las cadenas que arrastra consigo, y el reflejo inútil que se dibuja ocasionalmente en los espejos. No obstante, de toda esa sumisión y resignación, me siento ahora tan activa, libre y autosuficiente, pues, seamos honestos, es un caso ciertamente especial que un ser como yo sea el alter ego de una chica como ella.